

VI.

Á la misma hora en que el corazón de Felipe sufría bajo la acción de tan violentas emociones, otro joven corazón, á cien leguas de distancia, padecía iguales torturas. Era este corazón el de Juana de La Roche-Ermel. Á pesar del silencio absoluto que se había guardado por su familia del estreno literario y dramático de su primo, Juana se había enterado, por las indiscreciones más ó menos maliciosas de

sus vecinos, y porque, interesándola todo lo que á su primo se refería, encontró medios de hacer que la dejaran periódicos, en los que se decía la hora y día en que el estreno había de tener lugar. Así es que sabía que su primo, del que jamás hablaba, pero á quien aún rendía un culto secreto, debía librar su primera batalla aquella noche. Estaba muy poco al corriente de las cosas del teatro; pero su viva imaginación la había hecho adivinar claramente la importancia y los peligros de aquella primera prueba. Por un sentimiento que dejaba por completo comprender su bondad, Juana deseaba para su primo un brillante éxito, á pesar de comprender que aquel triunfo no haría más que halagar y arraigar en Felipe aquellos deseos y ambiciones que le habían alejado de ella. Esta ge-

nerosa niña pasó todo el día, aun en medio de sus ocupaciones, con una ansiedad grandísima, que trató y consiguió ocultar. Por la noche su ansiedad se hizo aún mayor: necesitaba alguien á quien contar sus penas. Seguida de un antiguo criado, y bajo el pretexto de hacer una obra de caridad, atravesó, bajo el fulgor de las estrellas, la tranquila y apacible avenida que conducía del castillo al pueblecito de La Roche-Ermel. Había, á la entrada de dicho pueblecito, una capilla rodeada de rústicas y verdes tumbas. Juana entró en ella, y, arrodillándose en la obscuridad, pidió la pobre niña, con las lágrimas en los ojos, con toda su alma, por él y contra ella misma.

.....

.....

Volvamos á París. El director Lafos-

se se había reunido con Felipe en el palco, y, silenciosos y reconcentrando toda su atención, observaban los menores movimientos, las más pequeñas impresiones que se notaban en el teatro, con esa excitación nerviosa que toma la vista, el oído, los sentidos todos en semejantes ocasiones. El primer acto de *Fredegunda* fué escuchado sin entusiasmo, pero también sin hostilidad; y cuando Felipe preguntó á Lafosse con la mirada, después de bajar el telón, éste le respondió:

—El público está frío; pero no se ha portado mal para ser el primer acto.

Durante el segundo hubo un incidente desagradable: la claque, después de un monólogo de Chilperico, prorrumpió en aplausos, que fueron sofocados enérgicamente.

—El público está hostil,—dijo el director Lafosse.

Después salió del palco, al que no volvió.

En el acto siguiente, el público llegó á estar verdaderamente descontento: el murmullo de las conversaciones empezó á dejarse oír al mismo tiempo que la voz de los actores; en los intervalos en que reinaba silencio, era interrumpido por los bostezos de los descontentos. Felipe creía sentir el frío de un sudario que le envolvía poco á poco. Resolvió dar una vuelta por el teatro, para ver si encontraba allí un poco de confianza y de valor; pero no encontró más que semblantes inquietos, abatidos y hasta hostiles: los actores trataban de evitarle: los encargados de variar las decoraciones, los empleados, sonreían burlonamente á su paso. Va-

riando de pensamiento, no esperó á ver á Mary Gérald, y volvió á sepultarse en su fúnebre palco.

Los dos últimos actos fueron una verdadera derrota. Un drama merovingio, cuando no es sublime, está muy cerca de caer en lo grotesco. Llegó un momento en que Chilperico no podía abrir la boca, decir una frase, sin provocar ruidosas risas en el auditorio. *Fredogunda* no era, según la opinión del público, una obra sin valor literario; era peor, una pieza mal hecha, recargada de escenas y trozos líricos desprovistos de acción y de interés. El papel de Mary Gérald, hecho con un cuidado excesivo, era interminable, y hacía del drama casi un monólogo de cinco actos. En resumen: era una obra pesadísima, y sucumbía, además, bajo el peso de una reputación prematura:

se había hablado mucho de ella, se la había puesto por las nubes, y el mal humor del público fué proporcional á su decepción.

Cuando dijeron el nombre del autor, en medio de un horrible tumulto, mezcla de risas y silbidos, Felipe de Boisvilliers dejó su palco y se dirigió al escenario: como un hombre cuya casa se quema y que corre precipitadamente á salvar lo que más quiere de ella, de igual manera Felipe, loco, delirante, subió las escaleras que conducían al cuarto destinado á Mary Gérald.

Desde la extremidad del corredor, que estaba lleno de gentes con tristes rostros, oyó gritar á Mary:

—¡Nadie! ¡Á nadie del mundo quiero ver!

—¿Ni á mí?—dijo Felipe, presentándose.

—¡Ah! ¿Sois vos? (contestó Mary.)
¡Si lo deseáis!...

Luego, colocándose delante de un espejo y quitándose nerviosamente sus alhajas, sus pulseras, su diadema, y arrojándolas sobre un diván:

—Nos hemos equivocado,—dijo con áspera y violenta voz.

—¿No creéis que podrá repetirse la obra?—preguntó tímidamente el joven.

—Jamás; en toda la vida.

Hubo una pequeña pausa, al cabo de la cual Felipe dijo:

—¿Sabéis que debemos cenar todos reunidos?

—¡Cenar!.... No tengo ganas.

—¿De suerte que no pensáis venir?

—¡No, de ninguna manera! No tengo hambre.... ¡Dejadme, os lo ruego!

—Adiós, pues; hasta la vista.

—Adiós.

El joven salió del cuarto de Mary Gérald, y fué dando las gracias uno á uno á todos los intérpretes de su drama, y diciéndoles que los esperaba á cenar, á pesar del fracaso sufrido. Luego se dirigió á casa del fondista Bréban.

Como era de esperar, el principio de la cena, después de aquella derrota, fué embarazoso y triste. Sin embargo, esta tristeza, aumentada con la ausencia de Mary Gérald, fué desapareciendo por grados bajo la excitación producida por una buena comida, por el pimiento de los cangrejos á la bordalesa, por los vapores del champagne, y sobre todo por la galante cortesía de Felipe, que, repuesto de su primer estupor, se disponía á olvidar su de-

rrota comiendo con gran apetito. El público había estado exigente para la obra; era necesario despreciarle, no hacerle caso, olvidando su fallo. Un actorcillo, que había hecho el papel de uno de los asesinos confidentes de *Fredegunda*, y que era un cómico de la legua, propuso y ejecutó una serie de gruñidos imitando al público, que, según él, estaba compuesto de todos sus acreedores. Las actrices aplaudieron golpeando sobre los vasos.

El cómico que había hecho el papel de Chilperico, que era lo que se llama todo un buen mozo, tomó entonces la palabra, y majestuosamente:

—Caballero (dijo, dirigiéndose á Felipe): tengo bastante experiencia, y puedo deciros ahora, y ya os lo hubiera dicho hace algún tiempo, si hubiera tenido el honor de conoceros más....,

y podéis creer que lo deploro amargamente....

—Adelante. Vamos, acaba, acaba,—gritó el actorcillo.

—Pues bien, caballero (continuó Chilperico); he aquí lo que voy á decir: hay tres cosas en vuestra obra....

—Hay cuatro,—añadió el actorcillo.

—Digo (continuó el gran actor) que en vuestra obra hay tres cosas....

—Cuatro, cinco, diez, veinte. Hay en ella un mundo de cosas (vociferó el de las interrupciones). Las cinco partes del mundo...., la rosa de los vientos, la....

Y levantándose, en el colmo de la exaltación, subió sobre su silla, y elevando un vaso:

—Señoras y caballeros (dijo: después se interrumpió, imitando el ruido de los silbidos): ¡chis!.... La obra....

¡chis!.... que hemos tenido.... ¡chis! el honor de representar.... ¡chis! ¡chis!, es del señor ¡chis! Boisvilliers de La Roche-Ermel.... ¡chis! ¡chis! ¡chis!....

Después de lo cual cayó sobre su silla, ebrio de alegría.

Esta necia bufonada, en que Felipe tuvo que tomar el partido de reir, coronó la fiesta.

Eran ya cerca de las tres de la mañana cuando el joven llegó al boulevard de los Inválidos en un coche de punto. Durante el camino, y en medio del desorden espantoso de su espíritu, una preocupación dominaba á todas las otras. ¿Encontraría en su casa á Mary Gérald?

Cuando entró, sus primeras palabras fueron:

—¿Está la señora?

—No, señor (respondió el portero): la señora no ha vuelto.

No podía creer en aquel cruel abandono. Quiso persuadirse á sí mismo de que algún incidente imprevisto la habría retenido, de que estaría algo mala, y habría permanecido en el teatro. En su tristura, se aferraba con obstinación desesperada á aquel corazón idolatrado, á aquella mano adorada, á la mujer encantadora, que era la única que podía sostenerle, animarle en medio de sus desventuras. Paseó largo tiempo por su habitación, deteniéndose á cada instante, escuchando, prestando atención hasta á los más pequeños ruidos.

Llegó el día: hasta entonces había sabido mostrarse sereno en medio de todas las decepciones, de todas las agonías de aquella noche; pero entonces, cuando el inhumano día apareció,

haciendo huir como vanos fantasmas sus últimas y adoradas ilusiones; cuando comprendió que su amor le había abandonado, que había naufragado como todo, desfalleció. Se escapó de su pecho un sollozo desgarrador, y vertió á mares las lágrimas más amargas de su vida.

Cuando pudo darse cuenta de su situación, los recuerdos fueron para él un suplicio. El desastre era tan grande, que con él, no sólo perdía á su amor, sino que también se creaba tantas dolorosas mortificaciones, tantas miserias é inquietudes de todas clases, que el pensamiento de no resistir á tales penas, á tales decepciones, cruzó como una sombra siniestra por su imaginación. Pero el suicidio, que nosotros creemos no es ni un acto de cobardía ni de valor, lo es, en nuestro

concepto, de debilidad; es la idea moral que sucumbe ante una lucha superior á ella, cuando las contrariedades, los dolores son muy grandes con relación á sus fuerzas y á su energía. Aunque Felipe estaba muy abatido, no lo estaba tanto que no tuviera valor para sentirse superior á la prueba que sufría, y para no olvidar el horror que su educación y sus principios de familia le habían inspirado al suicidio.

Quiso examinar en primer término su situación económica, pues su honor estaba comprometido desde el momento en que su obra no le producía ningún beneficio. Vió que el alquiler del hotelito, los muebles que para él había necesitado, los ramos, la cena y algunos otros accesorios, constituían un pasivo bastante considerable. En vista de esto, escribió

aquel mismo día á su padre en estos términos:

«Padre mío: Mi obra ha sido silbada; la mujer con quien vivía me ha abandonado, y debo veinte mil francos. Acepto resignado mis sufrimientos, que son grandes, en expiación de los que os he causado. Voy á cambiar de domicilio, renuncio á la literatura, y os ruego que seáis lo suficientemente bueno para que paguéis mis deudas.

»Os abrazo, padre mío, con el más cariñoso respeto.»

Fué él mismo á llevar esta carta al correo, y tuvo la curiosidad, al pasar por delante de los carteles, de ver si anunciaban la segunda representación de *Fredegunda*. Decían que había sido

suspendida por una indisposición de Mary Gérald.

Al día siguiente, recorriendo los periódicos, donde recogió más de un desengaño, supo que la joven actriz había satisfecho su deuda al director del teatro, y había partido para San Petersburgo, donde la llamaba una brillante contrata.

Al otro día, en compensación, recibió de su padre una carta, en la que le remitía una letra de veinticinco mil francos; pero en la cual ni siquiera firmaba, esperando, sin duda, antes de devolver á su hijo su confianza y amistad, á que hubiese adquirido méritos por medio de una reforma radical de su vida.

El joven le dió las gracias en algunas sentidas palabras, prometiéndole de todo corazón que se enmendaría.

Pero aunque libre de uno de sus más graves cuidados, Felipe permaneció largo tiempo aún herido por su doble desengaño, yendo á refugiarse á Saint-Germain, donde vivió una parte del verano, no pudiendo sacudir su tristeza, difiriendo de día en día el volver á continuar sus relaciones y estudios.

Corría el año de nuestra fatal guerra. En cuanto estalló, Felipe sintió que su alma despertaba á la actividad y al trabajo.

Hacia fin de Julio, el señor de Boisvilliers se informó de la resolución de su hijo por el siguiente billete:

«Padre mío: Acabo de sentar plaza en el segundo regimiento de zuavos por todo el tiempo que dure la guerra, y espero que aprobaréis mi conducta.

»Mañana, en Chalons, me reuniré á mi cuerpo.

»Ya os escribiré siempre que pueda.»

Desde aquel día, cinco meses mortales transecurrieron sin que el padre y el hijo recibieran ni una sola noticia el uno del otro.

VII.

El hambre ha rendido á París. La paz se ha firmado.

En la sala baja de una granja aislada, situada á algunas leguas del Mans, un joven está tendido en el lecho, cerca de una ventana. Se agita con el insomnio de una ardiente fiebre, y en cuanto cierra los ojos, extrañas visiones le importunan. Escenas tumultuosas de combates, violencias sanguinarias, á las cuales se mezclan de